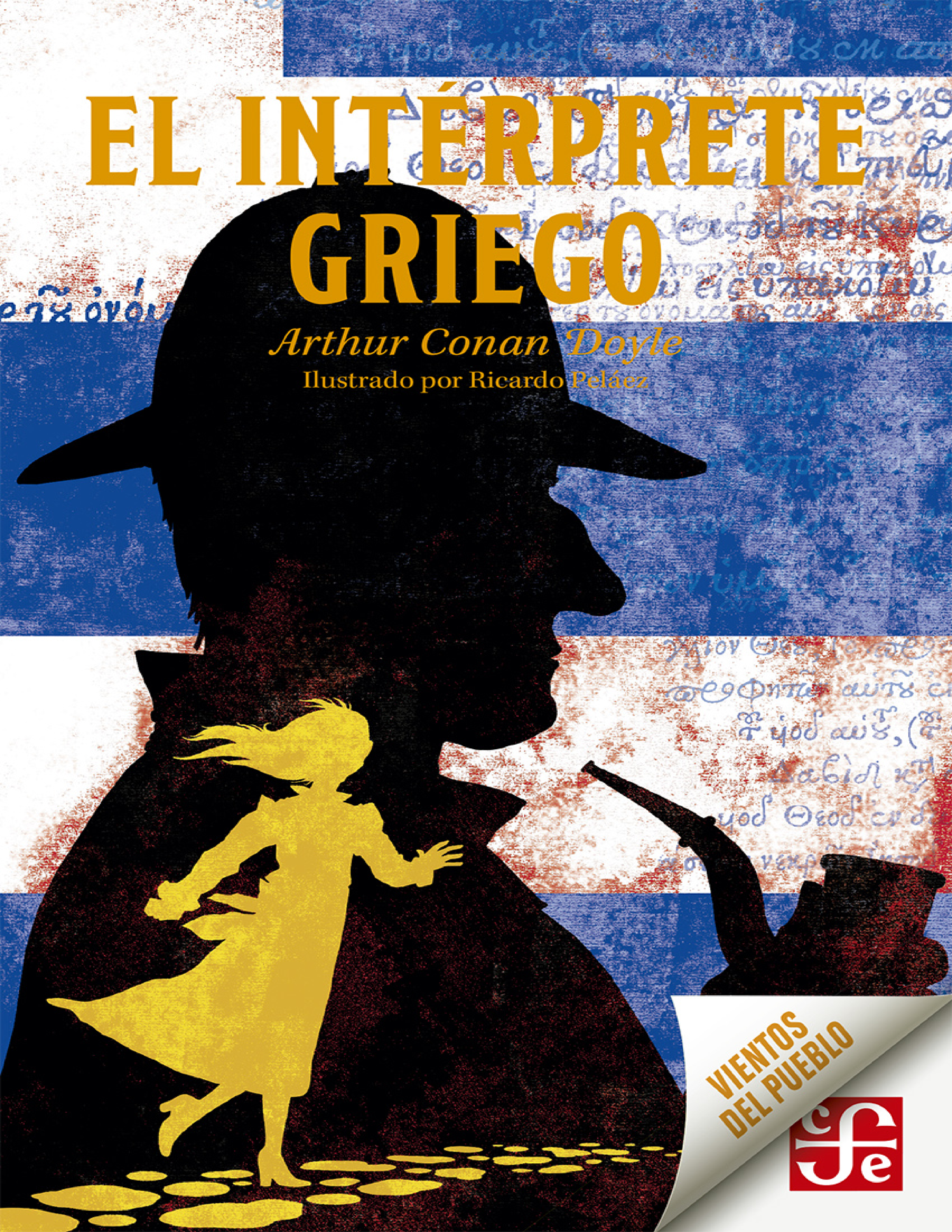

EL INTÉRPRETE GRIEGO
Arthur Conan Doyle
Ilustrado por Ricardo Peláez
VIENTOS DEL PUEBLO

EL INTÉRPRETE GRIEGO



ARTHUR CONAN DOYLE

EL INTÉRPRETE GRIEGO

Traducción
Víctor Santana

Ilustraciones
Ricardo Peláez





Primera edición, 2019
[Primera edición en libro electrónico, 2019]

Coordinador de la colección: Luis Arturo Salmerón
Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar
Ilustración de portada: Ricardo Peláez

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México



Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. 55-5227-4672

ISBN 978-607-16-6407-5 (ePub)
ISBN 978-607-16-6218-7 (rústico)

Hecho en México - *Made in Mexico*

EN TODO MI LARGO E ÍNTIMO CONOCIMIENTO del señor Sherlock Holmes, nunca lo había oído hablar de su parentela, y casi nunca de su vida anterior. Esta reticencia de su parte ha incrementado el efecto de algún modo inhumano que produce en mí, tanto que en ocasiones me he descubierto pensando en él como un fenómeno aislado, un cerebro sin corazón, tan poco apto para la empatía humana como preeminente en inteligencia. Su aversión a las mujeres y su falta de inclinación a formar nuevas amistades eran típicas de su carácter sin emociones, pero no más que la supresión total de cualquier referencia a su propia gente. Llegué a creer que era un huérfano sin familiares vivos, pero un día, para mi gran sorpresa, empezó a hablarme de su hermano.

Fue después del té una tarde de verano, y la conversación, que había saltado de manera inconexa y sin ilación de los clubes de golf a las causas del cambio de oblicuidad de la eclíptica, derivó en la cuestión del atavismo y las aptitudes hereditarias. El punto en discusión era qué tanto una virtud singular en un individuo se debía a sus ancestros y qué tanto a su propia educación temprana.

—En el caso de usted —comenté—, por todo lo que me ha dicho me parece obvio que su capacidad de observación y su peculiar facilidad para la deducción se deben a su propio entrenamiento sistemático.

—Hasta cierto punto —respondió con aire pensativo—. Mis ancestros eran terratenientes, que aparentemente llevaban la vida que es natural a su clase. No obstante, mi manera de ser está en mis venas, y puede que venga de mi abuela, que era hermana de Vernet,

el artista francés. El arte en la sangre es proclive a adoptar las formas más extrañas.

—¿Pero cómo sabe que eso es hereditario?

—Porque mi hermano Mycroft lo posee en mayor medida que yo.

Esto para mí era toda una novedad. Si había otro hombre en Inglaterra con poderes tan singulares, ¿cómo había sido que ni la policía ni el público supieran de él? Hice la pregunta insinuando que era la modestia de mi acompañante lo que lo hacía reconocer a su hermano como su superior. Holmes se rio de mi sugerencia.

—Mi querido Watson —dijo— no puedo estar de acuerdo con quienes tienen a la modestia como una virtud. Para el lógico todas las cosas deben verse exactamente como son, y subestimarse uno mismo es un alejamiento de la verdad tanto como lo es exagerar las propias capacidades. Por eso, cuando digo que Mycroft tiene mejores capacidades de observación que yo, puede estar seguro de que digo una verdad literal y exacta.

—¿Es menor que usted?

—Siete años mayor.

—¿Y por qué es desconocido?

—Oh, es muy conocido en su propio círculo.

—¿En dónde?

—Bueno, en el Club Diógenes, por ejemplo.

Nunca había escuchado sobre esa institución, y mi rostro debió evidenciarlo lo suficiente para que Sherlock Holmes sacara su reloj.

—El Club Diógenes es el club más extraño de Londres, y Mycroft uno de los hombres más extraños. Siempre está ahí del cuarto para las cinco al veinte para las ocho. Ahora son las seis, así que si le interesa dar un paseo esta bella tarde, estaré feliz de presentarle estas dos curiosidades.

Cinco minutos después estábamos en la calle, dirigiéndonos hacia la Glorieta de Regent.

—Se preguntará —dijo mi acompañante— cómo es que Mycroft no usa sus capacidades para el trabajo de detective. Es incapaz de hacerlo.

—Pero creí oírlo decir…

—Dije que era superior a mí en observación y deducción. Si el arte detectivesco empezara y terminara en el razonamiento desde un sillón, mi hermano sería el mejor agente criminal que hubiera vivido. Pero no tiene la ambición ni la energía. Ni siquiera se tomaría la molestia de verificar sus propias soluciones, y preferiría ser considerado equivocado que intentar probar que estaba en lo correcto. Una y otra vez le he llevado algún problema, y en cada ocasión he recibido una explicación que después se probó era la correcta. Y sin embargo es absolutamente incapaz de trabajar en los puntos prácticos que deben estar resueltos antes de que un caso pueda presentarse ante un juez o un jurado.

—Entonces, ¿ésa no es su profesión?

—En absoluto. Lo que para mí es una manera de ganarme la vida para él es apenas un pasatiempo de diletante. Tiene una capacidad extraordinaria para los números, y audita los libros fiscales de algunos departamentos de gobierno. Mycroft vive en Pall Mall; cada mañana da la vuelta a la esquina para ir a trabajar a Whitehall, y en la tarde regresa. Año con año no tiene otra diversión, ni se le ve en ningún otro lado, excepto en el Club Diógenes, que está justo enfrente de su alojamiento.

—No recuerdo ese nombre.



—Muy probablemente no. Hay muchos hombres en Londres que, usted sabe, algunos por timidez, otros por misantropía, no desean la compañía de sus congéneres. Pero no aborrecen las sillas confortables y los periódicos más recientes. Es para la conveniencia de ellos que inició el Club Diógenes, y ahora alberga a los hombres menos sociables y gregarios de la ciudad. Ningún miembro tiene permitido poner atención en los demás. Salvo en la sala para visitantes, ninguna plática, bajo ninguna circunstancia, es permitida, y tres infracciones, si es que son llevadas a la atención del comité, hacen al conversador susceptible de expulsión. Mi hermano es uno de los fundadores, y yo mismo he encontrado que el club tiene una atmósfera muy tranquilizadora.

Durante la conversación habíamos llegado al final de la calle St. James, y de allí seguimos caminando por Pall Mall. Sherlock Holmes se detuvo en una puerta a poca distancia del Carlton y, advirtiéndome que no hablara, fui detrás de él hacia el vestíbulo. A través del panel de cristal alcancé a tener un vistazo de un salón lujoso en el que un número considerable de hombres estaban sentados leyendo periódicos, cada uno en su propio rincón. Holmes me llevó a un pequeño despacho desde el que podía verse Pall Mall, y después, dejándome por un minuto, volvió con un acompañante que supe no podía ser nadie más que su hermano.

Mycroft Holmes era un hombre más grande y fornido que Sherlock. Su cuerpo era absolutamente corpulento, pero su cara, a pesar de ser gigante, preservaba algo de la expresión de agudeza que era tan sobresaliente en su hermano. Sus ojos, de un gris acuoso peculiarmente claro, parecían mantener siempre la mirada distante e introspectiva que sólo había observado en Sherlock cuando ejercía sus poderes al máximo.

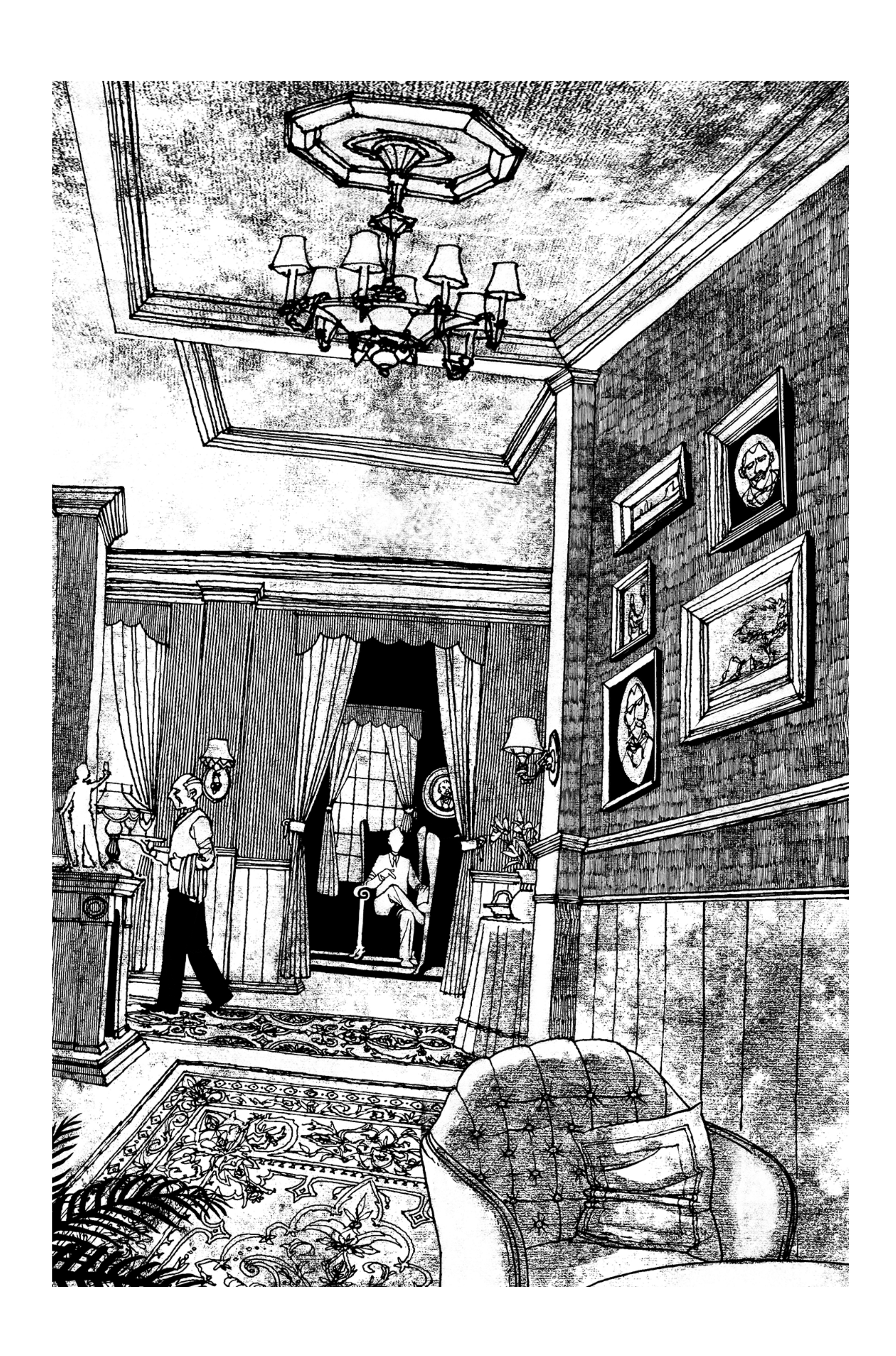
—Me alegra conocerlo, señor —dijo, adelantando una mano amplia y gorda como la aleta de una foca—. En todos lados escucho hablar de Sherlock desde que usted se volvió su cronista. Por cierto, Sherlock, esperaba verte la semana pasada, para que me

consultaras sobre el caso de Manor House. Pensé que podía quedarte un poco fuera de alcance.

—No, lo resolví —dijo mi amigo sonriendo.

—Fue Adams, por supuesto.

—Sí, fue Adams.



—Estaba seguro desde el principio —los dos se sentaron juntos en la ventana en voladizo del club—. Para cualquiera que desee estudiar a la humanidad, éste es el sitio —dijo Mycroft—. ¡Mira a estos tipos magníficos! Esos hombres que se acercan a nosotros, por ejemplo.

—¿El marcador de puntos del billar y el otro?

—Precisamente. ¿Qué piensas del otro?

Los dos hombres se habían detenido del otro lado de la ventana. Algunas marcas de tiza en el bolsillo del chaleco fueron la única señal de billares que pude ver en uno de ellos. El otro era muy pequeño, de tez oscura, con el sombrero echado para atrás y con muchos paquetes bajo el brazo.

—Un viejo soldado, percibo —dijo Sherlock.

—Y dado de baja hace muy poco —señaló su hermano.

—Sirvió en la India. Ya veo.

—Y es un suboficial.

—Artillería Real, supongo —dijo Sherlock.

—Y viudo.

—Pero con un hijo.

—Hijos, querido muchacho, hijos.

—Vamos —dije riéndome—, esto ya es un poco exagerado.

—Sin duda —respondió Holmes—, no es difícil decir que un hombre con ese porte, expresión de autoridad y piel tostada por el sol es un soldado, es más que un soldado raso y no estuvo muy lejos de la India.

—Que no hace mucho que dejó el servicio es evidente porque todavía lleva sus botas militares, como les llaman —observó Mycroft.

—No camina como miembro de la caballería, pero usó el sombrero de un lado, como puede verse en la piel más clara de ese lado de su frente. Su peso no indica que haya sido zapador. Estuvo en la artillería.

—Y, por supuesto, su aspecto luctuoso muestra que ha perdido a alguien muy querido. El hecho de que él mismo esté haciendo las compras hace suponer que se trata de su esposa. Ha comprado cosas para niños, te has dado cuenta. Ahí hay una sonaja, lo que muestra que uno de ellos es muy joven. La esposa quizás murió dando a luz. El hecho de que lleve bajo el brazo un libro ilustrado muestra que hay otro niño en quien pensar.

Empecé a entender a lo que mi amigo se refería cuando dijo que su hermano poseía facultades todavía más agudas que las suyas. Sherlock me miró de reojo y sonrió. Mycroft sacó rapé de una caja de carey y se quitó los granos que le habían caído en el abrigo con un gran pañuelo de seda roja.

—Por cierto, Sherlock —dijo—, tengo algo muy cercano a tu corazón; un problema muy singular que fue sometido a mi juicio. Realmente no tengo la energía de seguirlo, salvo de una manera muy incompleta, pero me dio las bases para la especulación más placentera. Si no te importa escuchar los hechos…

—Mi querido Mycroft, me encantaría.

El hermano garabateó una nota en una hoja de su libreta de bolsillo y, tras hacer sonar una campana, se la entregó a un camarero.

—Le pedí al señor Melas que viniera —dijo—. Se hospeda en el piso arriba del mío, y tengo cierta amistad con él, lo que en su desconcierto lo motivó a acudir conmigo. El señor Melas es de extracción griega, según tengo entendido, y es un lingüista sobresaliente. Una parte de su renta la obtiene como intérprete en las cortes y la otra como guía de cualquier oriental adinerado que visite los hoteles de la avenida Northumberland. Lo dejaré contar a su manera su propia experiencia notable.

Minutos después se nos unió un hombre pequeño y fornido cuyo rostro oliváceo y cabello negro como el carbón proclamaban su origen sureño, aunque su manera de hablar era la de un educado caballero inglés. Le dio la mano ansiosamente a Sherlock Holmes y

sus ojos oscuros centellaron de placer cuando supo que el especialista deseaba escuchar su historia.

—No creo que la policía dé crédito a mi palabra, no lo creo —dijo con voz quejumbrosa—. Sólo porque nunca han oído de ello, creen que una cosa así no puede ser. Pero sé que nunca tendré tranquilidad en mi mente hasta que sepa qué fue del pobre hombre con esparadrapo en la cara.

—Tiene toda mi atención —dijo Sherlock Holmes.

—Hoy es miércoles por la tarde —dijo el señor Melas—. Entonces fue la noche del lunes, apenas hace dos días, sabe, que todo esto pasó. Soy intérprete, como quizá se lo contó mi vecino aquí presente. Interpreto en todas las lenguas, o casi todas, pero como soy griego de nacimiento y mi nombre es griego, es con esta lengua en particular con la que se me asocia principalmente. Durante muchos años he sido el intérprete en jefe de Londres, y mi nombre es muy conocido en los hoteles. No es infrecuente que me busquen a horas extrañas extranjeros que se meten en dificultades, o viajeros que llegan tarde y desean mis servicios. Por lo tanto, no me sorprendió cuando el lunes por la noche el señor Latimer, un joven vestido muy a la moda, llegó a mi habitación y me pidió que lo acompañara en un coche que nos esperaba en la puerta. Un amigo griego había ido a verlo por negocios, dijo, y como no sabía hablar otro idioma que el propio, los servicios de un intérprete eran indispensables. Me hizo entender que su casa estaba a cierta distancia, en Kensington, y parecía tener mucha prisa, apurándome hacia el coche cuando bajamos a la calle.

”Digo un coche, pero pronto dudé si no era un carruaje en lo que me encontraba. Ciertamente era más espacioso que las ordinarias desgracias de cuatro ruedas que circulan por las calles de Londres, y los accesorios, aunque raídos, eran de buena calidad. El señor Latimer se sentó frente a mí y arrancamos hacia Charing Cross, por la avenida Shaftesbury. Salimos por la calle Oxford y aventuré un comentario respecto a que era un rodeo muy grande

para llegar a Kensington, cuando detuve mis palabras debido a la extraordinaria conducta de mi acompañante.

”Empezó por dejar ver un mazo de apariencia formidable que salía de su bolsillo, y que movió de un lado a otro en muchas ocasiones, como si quisiera probar su peso y fuerza. Luego, sin decir palabra, lo puso en el asiento junto al suyo. Después de hacer esto subió las ventanas de ambos lados, y para mi sorpresa descubrí que estaban cubiertas con papel, como para impedir que viera a través de ellas.

”—Lamento quitarle el paisaje, señor Melas —dijo—. La cosa es que no tengo la intención de que vea el lugar al que nos dirigimos. Quizá no sea conveniente para mí que usted pueda descubrir el camino de vuelta.

”Como pueden imaginar, ese comentario me desconcertó por completo. Mi compañero era un tipo joven y fuerte, de espaldas anchas, y aun sin contar su arma, no habría tenido posibilidades de vencerlo si luchábamos.

”—Ésta es una conducta extraordinaria en extremo, señor Latimer —balbuceé—. Debe estar al tanto de que lo que hace es totalmente ilegal.

”—Estoy tomándome grandes libertades, sin duda —dijo—, pero se lo compensaremos. Debo advertirle, no obstante, señor Melas, que si en cualquier momento de esta noche intenta dar la voz de alarma o hacer cualquier cosa en contra de mis intereses, verá que se trata de algo muy serio. Le ruego que recuerde que nadie sabe dónde estamos, y que, ya sea en esta carroza o en mi casa, está igualmente bajo mi poder.

”Su tono de voz era bastante tranquilo, pero tenía una manera áspera de expresarse que era muy amenazante. Me quedé sentado en silencio, imaginándome cuál venturosa razón tendría para secuestrarme de ese modo tan fuera de lo común. Cualquiera que fuera, estaba perfectamente claro que de nada me habría servido resistirme, y que sólo podría esperar a ver qué sucedía.



”Por casi dos horas viajamos sin que tuviera la menor idea de hacia dónde íbamos. A veces el traqueteo de las piedras indicaba una calzada pavimentada, y en otras el andar suave y silencioso sugería asfalto; pero, además de la variación del sonido, no había nada en lo absoluto que pudiera ayudarme de la manera más remota a adivinar dónde estábamos. El papel sobre cada ventana era impenetrable a la luz, y había una cortina azul en el cristal del frente. Eran las siete y cuarto cuando salimos de Pall Mall, y mi reloj indicaba que eran diez para las nueve cuando al fin nos detuvimos. Mi compañero bajó la ventanilla y alcancé a dar un vistazo a un pasillo bajo en forma de arco, con una lámpara encendida por encima. Cuando me sacaron de la carroza se abrió la puerta, y me encontré dentro de la casa, con la vaga impresión de que había un jardín y árboles a mi lado mientras entraba. No podía aventurarme a decir si ese terreno era privado o un espacio público.

”Dentro había una lámpara de gas de color con una luz tan baja que se podía ver muy poco, salvo que el salón no era pequeño y tenía pinturas colgadas. En la luz tenue podía darme cuenta de que quien había abierto la puerta era un hombre de mediana edad,

pequeño, de hombros anchos y con una expresión malvada. Cuando volteó hacia nosotros, un destello de luz mostró que usaba lentes.

"¿Éste es el señor Melas, Harold? —dijo.

"—Sí.

"—¡Bien hecho, bien hecho! Sin resentimientos, señor Melas, eso espero, pero no podíamos continuar sin usted. Si nos trata de manera justa no lo lamentará, pero si intenta cualquier artimaña, ¡que Dios lo ayude! —hablaba de un modo nervioso y espasmódico, sofocando risitas, pero de algún modo me hizo temerle más que al otro hombre.

"—¿Qué quiere de mí? —le pregunté.

"—Sólo que le haga unas preguntas a un caballero griego que nos visita, y que nos diga las respuestas. Pero no diga más de lo que se le indica o —volvieron sus risitas nerviosas— sería mejor que nunca hubiera nacido.

"Mientras hablaba abrió la puerta y nos mostró el camino hacia un cuarto que parecía amueblado muy ricamente, pero de nuevo la luz provenía de una sola lámpara, encendida a la mitad de su potencia. La cámara ciertamente era grande, y la forma en que mis pies se hundían en la alfombra mientras la recorría me indicaron su calidad. Alcancé a vislumbrar sillas de terciopelo, un mantel blanco perla, y junto a él lo que parecía ser una armadura japonesa. Había una silla justo bajo la lámpara, y el hombre viejo me indicó que me sentara en ella. El joven se había ido, pero repentinamente volvió por otra puerta, llevando consigo a un caballero vestido en una especie de piyama holgada, quien caminaba con lentitud hacia nosotros. Cuando se acercó al tenue círculo de luz que me permitió verlo más claramente, me llené de horror por su apariencia. Estaba pálido como un cadáver, y terriblemente demacrado, con los ojos saltones y brillantes de un hombre cuyo espíritu es más grande que su fuerza. Pero lo que me impactó más que los signos de debilidad física fue que su cara estaba grotescamente cubierta con esparadrapo, y que una tira larga estaba adherida sobre su boca.

″—¿Tienes la pizarra, Harold? —urgió el viejo, mientras ese ser más que sentarse se dejó caer en la silla—. ¿Tiene las manos sueltas? Ahora, entonces, dale un lápiz. Usted hará las preguntas, señor Melas, y él escribirá las respuestas. Pregúntele antes que nada si está listo para firmar los papeles.

″Los ojos del hombre centellearon.

″—¡Nunca! —escribió en griego sobre la pizarra.

″—¿Bajo ninguna condición? —pregunté, bajo las órdenes de nuestro tirano.

″—Sólo si la veo casarse en mi presencia por un sacerdote griego que conozco.

″El hombre rio a su modo venenoso.

″—¿Sabes entonces lo que te espera?

″—No me importa lo que me pase.

″Éstos son ejemplos de las preguntas y respuestas que formaban parte de nuestra extraña conversación, a mitades hablada y a mitades escrita. Una y otra vez tuve que preguntarle si se daría por vencido y firmaría los documentos. Una y otra vez tuve la misma respuesta indignada. Pero pronto me sobrevino un pensamiento feliz. Empecé a agregar pequeñas oraciones a cada pregunta, al principio inocentes, para ver si alguno de nuestros acompañantes entendía algo del asunto, y después, cuando descubrí que no daban señales de entender, me aventuré a un juego más peligroso. Nuestra conversación iba más o menos así:

″—No ganarás nada con la obstinación. ¿Quién eres?

″—No me importa. Soy un extraño en Londres.

″—Tu suerte será tu responsabilidad. ¿Hace cuánto estás aquí?

″—Que así sea. Tres semanas.

″—La propiedad nunca será tuya. ¿Qué te aflige?

″—No voy a unirme a los villanos. Me matan de hambre.



"—Quedarás libre si firmas. ¿Qué casa es ésta?

"—Jamás firmaré. No lo sé.

"—No la estás ayudando en nada. ¿Cómo te llamas?

"—Quiero escuchar que ella lo diga. Kratides.

"—Podrás verla si firmas. ¿De dónde eres?

"—Entonces no volveré a verla. Atenas.

"Cinco minutos más, señor Holmes, y hubiera sacado toda la historia bajo sus propias narices. Mi pregunta siguiente habría podido aclarar el asunto, pero en ese instante se abrió la puerta y una mujer entró al cuarto. No podía verla con claridad suficiente para saber algo además de que era alta y agraciada, de cabello negro y vestida con una especie de bata holgada.

"—Harold —dijo ella en inglés con un fuerte acento—. Ya no puedo estar lejos más tiempo. Es tan solitario estar allí arriba sólo con… ¡oh, Dios mío, es Paul!

"Estas últimas palabras las dijo en griego, y en el mismo instante, con un esfuerzo convulsivo, el hombre se quitó el

esparadrapo de los labios y gritando '¡Sophy! ¡Sophy!' corrió a los brazos de la mujer. Se abrazaron por un instante, sin embargo el joven aferró a la mujer y la empujó fuera del cuarto, mientras que el viejo controló con facilidad a su debilitada víctima, y la jaló por la otra puerta. Por un momento me quedé solo en el cuarto y me puse de pie con la vaga idea de que podría, de algún modo, obtener una pista respecto a qué era esa casa en la que me encontraba. No obstante, por fortuna no di ni un paso, pues alcancé a ver que el viejo estaba de pie en el pasillo con los ojos fijos en mí.

"—Esto es suficiente, señor Melas —dijo—. Se da cuenta de que le hemos confiado asuntos bastante privados. No lo habríamos molestado, pero nuestro amigo sólo habla griego, y quien inició estas negociaciones ha tenido que volver al Este. Para nosotros era muy necesario encontrar a alguien que tomara su lugar, y fuimos muy afortunados de enterarnos de sus capacidades.

"Hice una reverencia.

"—Aquí tiene cinco soberanos —dijo acercándose a mí— que podrán, espero, ser una tarifa suficiente. Pero recuerde —agregó golpeándome el pecho ligeramente y riendo—, si le comenta de esto a una sola persona, a una sola, considere que, bueno, ¡Dios se apiade de su alma!

"No puedo describirles el asco y horror que me inspiró ese hombre de aspecto insignificante. Podía verlo mejor ahora que la luz de la lámpara brilló sobre él. Su aspecto era pálido y cetrino, y su pequeña barba puntiaguda era rala y escasa. Acercó su cara mientras hablaba y sus labios y párpados se contraían continuamente como alguien afectado del mal de San Vito. No podía evitar pensar que sus risillas extrañas y contagiosas eran también el síntoma de una enfermedad nerviosa. Sin embargo, lo aterrador de su rostro surgía de sus ojos gris metálico, que brillaban con frialdad y una crueldad maligna e inexorable en lo más profundo.

″—Sabremos si usted habla de esto —dijo—. Tenemos maneras de informarnos. Ahora encontrará el coche esperándolo, y mi amigo lo acompañará en su regreso.

″—Me llevaron por el pasillo hacia el vehículo, y de nuevo di un vistazo momentáneo a los árboles y al jardín. El señor Latimer venía detrás pisándome los talones, y se puso junto a mí sin decir palabra. En silencio viajamos de nuevo una distancia interminable con las ventanas cerradas hasta que al fin, poco después de la medianoche, nos detuvimos.

″—Usted se baja aquí, señor Melas —dijo mi acompañante—. Lamento dejarlo tan lejos de su casa, pero no hay alternativa. Cualquier intento que haga de seguir el coche sólo será en desmedro de su integridad.

″Abrió la puerta mientras hablaba, y apenas tuve tiempo de salirme cuando el cochero dio un latigazo al caballo y el coche se alejó traqueteando. Miré hacia todos lados asombrado. Estaba en algún tipo de brezal repleto de matas oscuras de árboles y matorrales. A lo lejos se extendía una hilera de casas, con luces prendidas aquí y allá en las ventanas superiores. Del otro lado vi las lámparas rojas de señalización de la línea férrea.

El coche que me había llevado ya no estaba al alcance de la vista. Me quedé contemplando alrededor y preguntándome dónde podría estar, cuando vi a alguien acercarse a mí en la oscuridad. Me di cuenta de que era un trabajador de la vía.

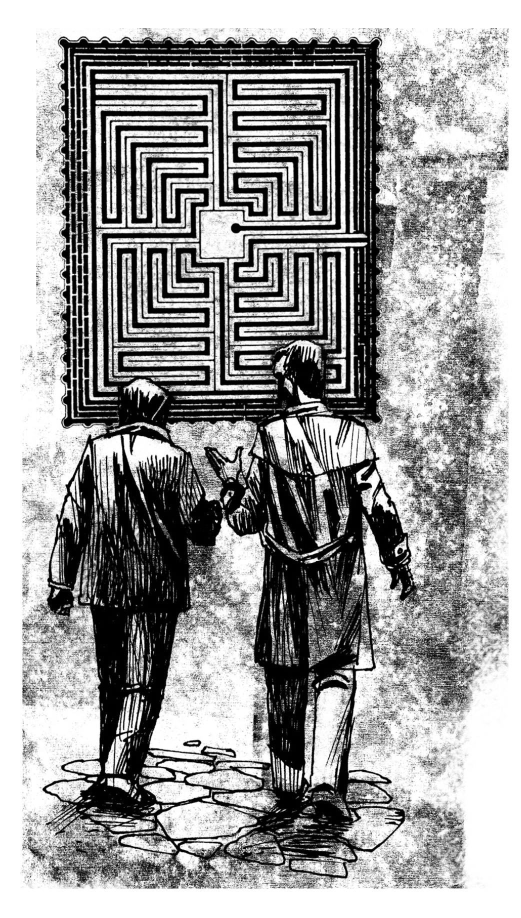
″—¿Puede decirme qué lugar es éste? —le pregunté.

″—Wandsworth Common —dijo.

″—¿Puedo tomar un tren hacia la ciudad?

″—Si camina un par de kilómetros al empalme Clapham —dijo —, llegará justo a tiempo para tomar el último tren a la estación Victoria.

″Así que ése fue el fin de mi aventura, señor Holmes. No sabía dónde estaba, ni con quién hablé, ni otra cosa además de lo que le he contado. Pero sé que hay un juego sucio, y quiero ayudar a ese



pobre hombre si puedo. Le conté toda la historia al señor Mycroft Holmes la mañana siguiente, y subsecuentemente a la policía."

Todos nos sentamos en silencio por un pequeño rato después de escuchar esa narración extraordinaria. Después Sherlock miró a su hermano.

—¿Se ha dado algún paso? —preguntó.

Mycroft tomó el *Daily News,* que descansaba sobre una mesa lateral.

—"Se recompensará a quienquiera que ofrezca alguna información sobre el paradero de un caballero griego llamado Paul Kratides, de Atenas, quien no habla inglés. Se dará una recompensa similar a quien ofrezca información sobre una dama griega cuyo primer nombre es Sophy. X 2473." Esto apareció en todos los diarios. No hubo respuesta.

—¿Y qué hay de la Legación Griega?

—He preguntado. No saben nada.

—¿Se mandó un telegrama al comando de la policía de Atenas, entonces?

—Sherlock posee toda la energía de la familia —dijo Mycroft, volteando a verme—. Bueno, por favor encárguense ustedes del caso, y háganme saber si puedo servirles de algo.

—Ciertamente —respondió mi amigo, levantándose de su silla —, te lo haré saber, y también al señor Melas. Mientras tanto, señor Melas, ciertamente me pondría en guardia si fuera usted, porque en definitiva saben por este anuncio que los ha traicionado.

Mientras caminábamos juntos a casa, Holmes se detuvo en una oficina de telégrafos para mandar varios mensajes.

—Verá, Watson —observó—, que nuestra tarde no estuvo de ninguna manera desperdiciada. Algunos de mis casos más interesantes me han llegado de esta manera a través de Mycroft. El problema que acabamos de escuchar, aunque sólo admita una explicación, tiene de todos modos algunas características distintivas.

—¿Tiene la esperanza de resolverlo?

—Bueno, sabiendo lo que sabemos, sin duda sería singular que fracasáramos en descubrir el resto. Usted mismo se debe de haber formado una teoría que explica los hechos que hemos escuchado.

—De una manera vaga, sí.

—Entonces, ¿qué es lo que piensa?

—Me pareció obvio que la muchacha griega fue secuestrada por un joven caballero inglés llamado Harold Latimer.

—¿Secuestrada en dónde?

—En Atenas, quizá.

Sherlock Holmes movió la cabeza:

—Este joven no sabía decir una palabra en griego. La mujer sabía hablar inglés muy bien. Mi inferencia es que ella ha pasado un tiempo en Inglaterra, pero él no ha estado en Grecia.

—Bueno, asumamos entonces que ella ha estado de visita en Inglaterra, y que el tal Harold la convenció de fugarse con él.

—Eso es más probable.

—Entonces el hermano, porque supongo que ésa debe ser la relación, viene de Grecia a interferir. Imprudentemente se pone en medio de la lucha de poder entre el joven y su socio de mayor edad. Lo someten y usan la violencia contra él para hacerlo firmar algunos papeles para hacerse de la fortuna de la muchacha, de la que él es apoderado. Él se rehúsa. Para negociar con él tienen que conseguir un intérprete, y eligen al señor Melas, habiendo usado otro anteriormente. A la muchacha no le dicen del arribo de su hermano, y lo descubre sólo por accidente.

—¡Excelente, Watson! —exclamó Holmes—. De verdad me doy cuenta de que no está lejos de la verdad. Sabe que tenemos todas las cartas, y lo único que debemos temer es un acto violento de parte de ellos. Si nos dan tiempo, los atraparemos.

—Pero ¿cómo sabremos dónde está esa casa?

—Bueno, si nuestra conjetura es correcta y el nombre de la muchacha es Sophy Kratides, no deberá ser muy difícil dar con ella. Ésa debe ser nuestra principal esperanza, pues el hermano es, por supuesto, un completo extraño. Está claro que ha pasado algún tiempo desde que el tal Harold inició relaciones con la muchacha, algunas semanas, por lo menos, dado que el hermano en Grecia ha tenido tiempo de escuchar sobre ello y venir. Si han vivido en el mismo lugar durante este tiempo, es probable que obtengamos una respuesta al anuncio de Mycroft.

Llegamos a nuestra casa en la calle Baker mientras hablábamos. Holmes subió primero por la escalera, y cuando abrió la puerta de nuestro cuarto se detuvo sorprendido. Mirando por sobre su hombro, quedé igual de sorprendido. Su hermano Mycroft estaba sentado fumando en el sillón.

—¡Entra, Sherlock! Entre, señor —dijo despreocupado, sonriendo ante nuestras caras sorprendidas—. No esperabas esta energía de mí, ¿verdad, Sherlock? Pero de algún modo este caso me atrae.

—¿Cómo llegaste aquí?

—Tomé un cabriolé.

—¿Ha habido alguna novedad?

—Obtuve una respuesta a mi anuncio.

—¡Ah!

—Sí, llegó pocos minutos después de que te fuiste.

—¿Y qué es lo que dice?

Mycroft Holmes sacó una hoja de papel.

—Aquí está —dijo—, escrita con una pluma de punta redondeada en papel color crema por un hombre de mediana edad

y constitución débil. “Señor —dice—, en respuesta a su anuncio del día de hoy, debo informarle que conozco muy bien a la muchacha en cuestión. Si quisiera encontrarse conmigo podría darle algunos detalles de esa triste historia. Actualmente la muchacha vive en The Myrtles, Beckenham. Suyo afectuosamente, J. Davenport.”

—Escribe de Lower Brixton —dijo Mycroft Holmes—. ¿No crees que deberíamos ir a buscarlo ahora, Sherlock, y conocer esos detalles?

—Mi querido Mycroft, la vida del hermano es más valiosa que la historia de la hermana. Creo que deberíamos llamar al inspector Gregson de Scotland Yard e ir directamente a Beckenham. Sabemos que un hombre está al borde de la muerte, y cada hora es vital.

—Será mejor que recojamos al señor Melas en el camino —sugerí—. Puede que necesitemos un intérprete.

—Excelente —dijo Sherlock Holmes—. Manda a un muchacho por un carro, tenemos que salir ya —abrió un cajón del escritorio mientras hablaba y me di cuenta de que se metió el revólver en el bolsillo—. Sí —dijo, en respuesta a mi mirada—; debo decir que por lo que hemos escuchado estamos lidiando con una banda particularmente peligrosa.

Estaba casi oscuro antes de que llegáramos a Pall Mall, a los aposentos del señor Melas. Un caballero acababa de llamarlo y se había ido.

—¿Puede decirme adónde? —preguntó Mycroft Holmes.

—No lo sé, señor —respondió la mujer que había abierto la puerta—; sólo sé que se fue con el caballero en un coche.

—¿El caballero dijo su nombre?

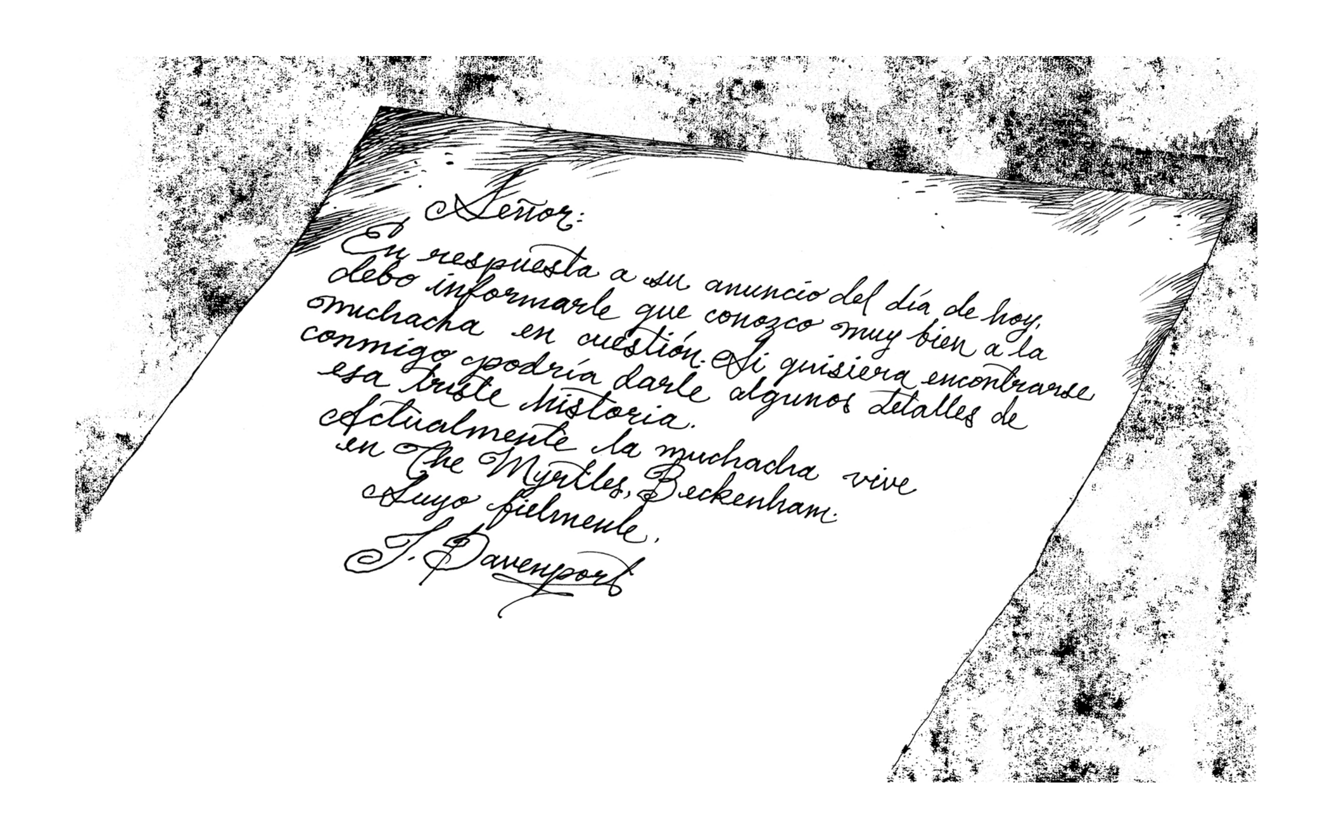
—No, señor.

—¿No sería un joven alto, guapo y moreno?

—Oh, no, señor. Era un caballero pequeño, con lentes, de cara delgada, pero de maneras muy amables, pues estuvo riéndose todo el tiempo que hablamos.

—¡Vengan! —gritó Sherlock Holmes abruptamente—. Esto se pone serio —observó, mientras nos dirigíamos hacia Scotland Yard —. Estos individuos volvieron a apoderarse de Melas. No es un hombre de mucha fuerza física, como ya lo saben por su experiencia de la otra noche. Este villano fue capaz de aterrorizarlo en el instante que estuvo en su presencia. No hay duda de que quieren sus servicios profesionales, pero habiéndolo usado pueden inclinarse a castigarlo por lo que deben de considerar una traición.

Nuestra esperanza era que, si tomábamos el tren, podríamos llegar antes o al mismo tiempo que el coche. Sin embargo, al llegar a Scotland Yard tardamos más de una hora en ver al inspector Gregson y cumplir con las formalidades legales que nos permitirían entrar en la casa. Dieron cuarto para las diez antes de que llegáramos al Puente de Londres, y las diez y media antes de que los cuatro nos bajáramos en la plataforma de Beckenham. Un viaje de media milla nos llevó a The Myrtles: una casa grande y oscura ubicada detrás del camino en su propio terreno. Aquí despedimos a nuestro chofer, y avanzamos juntos por la calzada de acceso.


Señor:
En respuesta a su anuncio del día de hoy,
debo informarle que conozco muy bien a la
muchacha en cuestión. Si quisiera encontrarse
conmigo podría darle algunos detalles de
esa triste historia.
Actualmente la muchacha vive
en The Myrtles, Beckenham.
Suyo fielmente,
J. Davenport

—Todas las ventanas están oscuras —señaló el inspector—. La casa parece desierta.

—Nuestros pájaros volaron y el nido está vacío —dijo Holmes.

—¿Por qué lo dice?

—Un coche que llevaba un equipaje pesado pasó por aquí en la última hora.

El inspector rio.

—Vi la marca de las ruedas con la luz de la lámpara de la entrada, ¿pero de dónde sale el equipaje?

—Quizá haya observado las mismas marcas de las ruedas yendo en el sentido contrario. Pero las de salida eran mucho más profundas, tanto que podemos decir con certeza que había un peso muy considerable en el coche.

—Para mí ésa es una nimiedad que me supera —dijo el inspector, alzándose de hombros—. No será una puerta fácil de abrir a la fuerza, pero lo intentaremos si no podemos hacer que alguien nos escuche.

Tocó con fuerza la aldaba y jaló la campana, pero sin éxito. Holmes se había escurrido de ahí, pero volvió a los pocos minutos.

—Abrí una ventana —dijo.

—Es una fortuna que usted esté del lado de la ley y no en contra, señor Holmes —señaló el inspector, al darse cuenta de la manera astuta en la que mi amigo había forzado el pestillo—. Bueno, pienso que bajo estas circunstancias bien podemos entrar sin invitación.

Uno detrás del otro entramos en una amplia habitación, que evidentemente era donde había estado el señor Melas. El inspector encendió su linterna, y con esa luz pudimos ver las dos puertas, la cortina, la lámpara y la cota de malla japonesa tal y como los había descrito. En la mesa descansaban dos vasos, una botella de brandy vacía y los restos de una comida.

—¿Qué es eso? —preguntó Holmes, repentinamente.

Todos nos quedamos quietos y escuchamos un quejido ahogado que venía de algún sitio por sobre nuestras cabezas. Holmes corrió hacia la puerta y salió al pasillo. El sonido tétrico venía de la planta superior. Se lanzó escaleras arriba con el inspector y yo pisándole los talones, mientras que su hermano Mycroft nos siguió tan rápido como se lo permitía su voluminosa fisonomía.

En el segundo piso se abrían tres puertas, y era de la de en medio de donde salían esos sonidos siniestros, que por momentos se disipaban en un balbuceo apagado para elevarse después en un agudo lamento. La puerta estaba cerrada, pero habían dejado la llave en la cerradura. Holmes abrió la puerta de golpe y entró, pero salió al instante llevándose una mano a la garganta.

—Es carbón —exclamó—. Denle tiempo. Se limpiará.



Al asomarnos pudimos ver que la única luz del cuarto provenía de una débil flama que parpadeaba en un pequeño trípode de latón en el centro. Arrojaba un círculo de luz lívida y antinatural en el suelo, mientras que en las sombras lejanas vislumbramos vagamente dos figuras que se acurrucaban contra la pared. Hasta la puerta llegaba la peste de una horrible exhalación venenosa que nos hizo jadear y toser. Holmes subió a zancadas las escaleras para tomar aire fresco, y después, entrando en el cuarto, rompió la ventana y arrojó el trípode de latón al jardín.

—Podremos entrar en un minuto —jadeó, saliendo de nuevo—. ¿Dónde está la vela? Dudo que podamos encender un fósforo en esa atmósfera. ¡Sostén la luz en la puerta para sacarlos, Mycroft, ahora!

De inmediato nos lanzamos por los hombres envenenados y los sacamos al salón bien iluminado. Tenían los labios azules y no

reaccionaban, en sus caras hinchadas y congestionadas asomaban los ojos que parecían salírseles de sus cuencas. De hecho, sus rasgos estaban tan deformados que, salvo por la barba negra y la complexión fornida, no habríamos podido reconocer en uno de ellos al intérprete griego que se había apartado de nosotros apenas horas antes en el Club Diógenes. Tenía las manos y los pies amarrados, y mostraba en un ojo la marca de un violento puñetazo. El otro, que estaba amarrado de manera similar, era un hombre alto en la última etapa de inanición, con muchas bandas de esparadrapo que le cubrían grotescamente la cara. Dejó de gemir cuando lo recostamos, y con sólo mirarlo comprendí que al menos para él nuestra ayuda había llegado demasiado tarde. Sin embargo, el señor Melas aún vivía, y en menos de una hora, por efectos del amoniaco y el brandy, tuve la satisfacción de verlo abrir los ojos, y de saber que fue mi mano la que lo había traído de vuelta del oscuro valle al que convergen todos los caminos.

Era una historia sencilla la que tenía que contar, una que confirmó nuestras propias deducciones. En cuanto se presentó ante él, su visitante le mostró un garrote que traía en la manga, y fue tanto el miedo a una muerte instantánea e inevitable con que lo amenazó que fue secuestrado por segunda vez. Ciertamente había sido un efecto casi hipnótico el que ejerció el rufián risueño sobre el desafortunado lingüista, al grado que cada vez que hablaba de él sus manos temblaban y sus mejillas palidecían. Fue conducido una vez más a toda prisa a Beckenham, donde hizo de intérprete en un segundo interrogatorio, incluso más dramático que el primero, cuando los dos ingleses amenazaron al prisionero con asesinarlo sin dilación si no accedía a sus demandas. Al final, al ver que no respondía a ninguna amenaza, lo lanzaron de vuelta a su prisión, y luego de reprocharle a Melas su traición, revelada por el anuncio en el periódico, le dieron un golpe que lo dejó tan aturdido que no recordaba nada más hasta que nos encontró inclinados sobre él.



Y éste fue el singular caso del intérprete griego, cuya explicación todavía está envuelta en cierto misterio. Fuimos capaces de descubrir, luego de comunicarnos con el caballero que respondió al anuncio, que la desafortunada muchacha provenía de una familia griega adinerada, y que había ido a visitar a algunos amigos en Inglaterra. Ahí conoció a un hombre llamado Harold Latimer, quien pronto adquirió cierto ascendiente sobre ella y pasado un tiempo la convenció de huir con él. Sus amigos, impactados por el acontecimiento, no encontraron nada mejor que informarle a su hermano en Atenas, y después se lavaron las manos al respecto. El hermano, al arribar a Inglaterra, imprudentemente se puso bajo el control de Latimer y de su socio, llamado Wilson Kemp. Estos dos pronto se dieron cuenta de que, por su ignorancia del inglés, el hombre estaría indefenso en sus manos, así que lo hicieron prisionero y, aplicando medidas crueles y hambre, buscaron hacerlo entregarles sus propiedades y las de su hermana. Lo retuvieron en la casa sin que ella lo supiera, y el esparadrapo sobre la cara se lo habían puesto para impedir que ella lo reconociera en caso de que llegara a verlo. Sin embargo, su percepción femenina había penetrado a través del disfraz cuando, en la visita del intérprete, lo vio por primera vez. No obstante, la pobre chica también era prisionera, pues no había nadie más en la casa excepto el hombre que hacía las veces de cochero y su esposa, ambos al servicio de los conspiradores. Al verse descubierto su secreto, y que el prisionero no sería coaccionado, los dos villanos huyeron con la muchacha pocas horas después de la casa amueblada que habían alquilado, no sin antes, como habían planeado, vengarse del hombre que los había desafiado y del que

los había traicionado.

Meses después nos llegó un curioso recorte de periódico desde Budapest. Narraba cómo dos ingleses que viajaban con una mujer habían tenido un final trágico. Al parecer ambos habían sido apuñalados, y la policía húngara opinaba que habían peleado entre sí y se habían infligido heridas mortales. Sin embargo Holmes, me parece, piensa de un modo distinto, y hasta este día sostiene que, si pudiera encontrar a la muchacha griega, descubriría cómo fueron vengadas, finalmente, las injusticias que sufrieron ella y su hermano.



ÍNDICE

Arthur Conan Doyle (1859-1930) fue un médico británico, autor de relatos, novelas, poesía y teatro, especialmente conocido por su personaje más célebre: el detective Sherlock Holmes. Doyle fue criado en un ambiente católico del que renegó convirtiéndose en agnóstico. En el tramo final de su vida se interesó por el espiritismo. La serie holmesiana, que recopila todas las aventuras de Holmes, consta de cuatro novelas y cinco colecciones de cuentos.

"El intérprete griego" (1893) es uno de los cuentos más apasionantes de Doyle y una excelente puerta de entrada al mundo de Sherlock Holmes. Además de la ayuda del doctor Watson, para resolver este caso entra en escena Mycroft Holmes, hermano del detective, superior a éste en el arte de la deducción pero incapaz de ejecutar la parte práctica del oficio. Unos extranjeros perdidos en los entresijos del Londres victoriano son el centro de este misterio.



www.fondodeculturaeconomica.com